

Poesía navegable

Muchos siglos después de que Noé, siguiendo las instrucciones de Jehová, emprendiese la construcción de su famosa arca, el peruano Arturo Corcuera fabricó verso a verso, cuaderna a cuaderna, metáfora a metáfora, uno de los poemarios fundamentales de la lírica hispanoamericana contemporánea. Un libro que es, naturalmente, un arca. Un arca de papel. Un libro titulado Noé *delirante*, aparecido en 1963 y acrecentado en sucesivas ediciones, alguna de las cuales alcanzó la tirada (delirante) de 40 mil ejemplares. Sin embargo, Corcuera no lanzó al mar ninguna clase de *stultifera navis*, sino una embarcación cargada de cordura, porque, contra lo que pudiera parecer, los poemas, fábulas y adivinanzas que componen el libro llevan consigo cargas de profundidad que evidencian los vicios de este mundo (todavía) de locos.

La incomunicación poética entre las dos orillas del Atlántico, cronificada en las últimas décadas, debe ser la culpable de que poetas cardinales como Arturo Corcuera no hayan podido difundirse en España en condiciones mínimamente dignas. Hablamos, además, de un poeta enraizado

en la mejor tradición de la lírica castellana. Un poeta en el que resuenan el romancero y los místicos, los cronistas de Indias, Quevedo y Góngora, Miguel Hernández, Rafael Alberti y Vicente Aleixandre, Blas de Otero y Gabriel Celaya. El río de la lengua en el arca (y también en el mar) de Corcuera, que en la década de 1960 residió en Madrid y fue alumno de Carlos Bousoño, una España —lo recuerda el poeta en varios textos— donde aún había serenos y donde comenzaban a brotar las primeras protestas estudiantiles. En el Madrid de aquellos años tuvo tiempo Corcuera para el estudio, para la poesía y para la amistad. Visitó Velintonia y se hizo lector y amigo de poetas como Blas de Otero (hay una vieja foto tristemente borrosa de Arturo con el gran Julio Ramón Ribeyro y el autor bilbaíno), José Hierro, Gabriel Celaya o Fernando Quiñones. Nuestra generación poética del 50 (la de José Manuel Caballero Bonald, Valente y Gil de Biedma) también es la de Arturo Corcuera, solo que enriquecida con Vallejo, Westphalen (primer admirador de *Noé delirante*) y otros surrealistas peruanos. Él lo ha dicho: «Soy hijo de todos los poetas. Todos han influido en mí. De todos aprendí, de todos tomé la luz de su diamante. Nadie es hijo del viento». Noé tampoco lo era.

En esos años madrileños, en los que la llamada «poesía social» ganaba adeptos, Corcuera escribiría *Poesía de clase*, un poemario que arranca con dos citas, una de Bertoldt Brecht y otra de Blas de Otero. Pero, como el poeta vasco, el peruano no tomaba el camino de la mera denuncia. El poema también tiene sus derechos, y el panfleto no forma parte de ellos. Por eso en *Poesía de clase* no hay panfletos, sino poemas perfectamente urdidos, hermosamente escritos. Porque Arturo Corcuera —ya es hora de decirlo— es un orfebre del lenguaje, además de un poeta realmente divertido y —sí, también— comprometido. En eso, en el empleo del humor y la ironía junto con la crítica social y política, se parece a su amigo Blas de Otero. *Poesía de clase*, que recibió el Premio de Poesía César

Vallejo, está dedicado a José Carlos Mariátegui, el escritor y pensador peruano, el Amauta Mariátegui, una suerte de Gramsci hispanoamericano, para muchos el más grande filósofo marxista de Latinoamérica. «¿Qué tanto se rompen la cabeza pensando cuándo se jodió el Perú?», afirmaba Corcuera en una entrevista. «Nuestro país se jodió cuando murió José Carlos Mariátegui».

Pero volvamos al arca de Corcuera. ¿Qué lleva dentro esta arca delirante? Digamos, por ejemplo, que gallos que se convierten en veletas, gatos voladores, jirafas cuenteras, mariposas con cola de pez, alcachofas haciendo *striptease* en el supermercado, personajes de Disney sin caretas, instrucciones para conquistar garzas, fábulas de toda clase, caligramas, adivinanzas, biografías secretas, espejos reflejados en espejos... Hay un poco de todo, porque todo le es útil al poeta para crear, para fundar su mundo. Cualquier objeto puede ser poético y cualquier bicho raro se merece embarcar en el arca de Corcuera. Lo que sucede es que la embarcación transforma a sus ocupantes: se entra de una manera y se sale de otra. Empezando por el propio Noé, que al inicio del viaje se presenta como un «varón justo y perfecto» y al término de la singladura es «yo, Noé, el menos justo y perfecto de todos los mortales».

La poesía toda de Corcuera es un juego de espejos y de transformaciones, un lugar en el cual cada cosa se puede convertir en su contraria, un arca donde el juego es algo tremendamente serio. Claro que, para nuestro autor, la poesía es un perenne juego: «¿Acaso no son juegos los caligramas?, ¿y la palabra Trilce?, ¿y Altazor?, ¿y la Masmédula?, ¿y las sextinas?, ¿y los putrefactos?». Un juego de palabras, aliteraciones y efectos acústicos que no son meros fuegos de artificio. Una caja de juegos que arde. Un ardoroso juego que se convierte en fuego: el fuego del poema que no deja de arder y que por eso nos alumbra y nos quema. Corcuera alumbra

un universo poético, lo mismo que los niños inauguran el mundo cada vez que designan una cosa. En *Noé delirante* hay una voz adulta que se expresa con la frescura y con el desparpajo de una voz infantil. Se puede hablar, por tanto, del mundo de Corcuera y de su vocación fundacional. A este respecto, hay quien ha recordado al Neruda de las *Odas elementales* al hablar de *Noé delirante*. Sin embargo, hay algo que distingue al peruano del chileno, y es la falta absoluta de grandilocuencia, porque Corcuera no levanta la voz ni gesticula (él no lo necesita) para sacar a flote su universo poético. Este lector precoz de los grandes fabulistas es capaz de salvarnos del diluvio con una sonrisa y una sencilla fábula.

El arca de Corcuera continúa, al cabo de los años, navegando en el mar de la poesía. Poesía navegable. Pero Corcuera es más que *Noé delirante* y que *A bordo del Arca* o, mejor dicho, la obra del poeta desborda las cubiertas de la nave. Es verdad que cada uno de los libros del autor tiende puentes hacia el resto de su producción y que Arturo ha creado un universo literario orgánico. Pero no está de más, en esta breve aproximación a su obra, hablar de los espléndidos *Sonetos del viejo amador*, de las brillantes y vibrantes páginas de *La gran jugada* (los amantes del fútbol no deberían perderselo), de la frescura de los *Parajuegos*, de *Las sirenas y las estaciones* o de esa especie de autobiografía libérrima que salta por encima de la prosa y el verso titulada *Puerto de la memoria*, un libro donde los lectores pueden encontrar la mejor descripción jamás hecha del cielo de Lima: «Lima tiene por cielo la carpa de un circo, de aquellos circos pobres, de cielo remendado...», además de un perfecto inventario de sombras o la propuesta poética que reza: «Que la poesía tenga de-lirio / y de sapo. / Que en su belleza / la palabra respire y palpite».

José Fernández de la Sota